

EL POTENCIAL HUMANO: CAMOENS

Antonio QUEROL LOMBARDEO



L Non multa, sed multum del adagio latino señala los dos caminos por los que lo cuantitativo puede desplegarse. Por un lado, lo amplio; por otro, lo espeso. Que el refranero latino prefiera este último a lo primero deja clara su contraposición: lo ralo, donde la cantidad se desparrama en un espacio excesivo, contra lo denso, donde la cantidad se concentra focalmente. Esto parece atribuir una especie de gama de cualidades a la por de sí descualificada cantidad, pues además de las dos anteriores, lo ralo que dice de lo extenso y lo denso de lo puntual, nada impide relacionar lo ralo con lo mínimo y lo denso con las grandes extensiones. En este sentido se puede entender la idea de Hegel sobre el salto cualitativo de una cantidad en crecimiento. Una cantidad añadida a otra anterior provoca un cambio de cualidad o, para mejor ver lo perogrullesco de esta idea, una gota de agua transforma a un vaso de agua en una fuente derramante. Esto es verdad si se aumenta el agua pero no el volumen del vaso, es decir, el ámbito anterior de la cantidad. Por tanto, sólo se puede decir que la cantidad se transforma en cualidad (la gota cualitativa) si se mantiene una referencia obligada a un ámbito fijo.

Ya aventuramos al tratar de la *selección* en la guerra que el mero número no es absolutamente determinante del éxito en la batalla. Leónidas y sus trescientos espartanos eran suficientes para cerrar el paso de las Termópilas al numerosísimo ejército persa, y hubieran podido seguir cerrándolo indefinidamente si sus trescientos hubieran sido siempre trescientos, es decir, no hubiera entrado, como no ha entrado en la mayoría de los combates, el mero desgaste humano como causa de la victoria o la derrota. En realidad, militarmente, los persas estaban en las peores condiciones, bien es verdad que su ejército soportaba tal muchedumbre que «si disparaban todos a la vez sus arcos oscurecían el sol». La mera subsistencia de ese ejército era una tarea acaso más difícil que la de ganar la batalla. Lo normal, en ejércitos de ese tipo de grandes contingentes concentrados en el espacio, es su fracaso por carestía, epidemias y desmoralización. Tenemos la Grande Armée en Rusia, las Cruzadas y precisamente los ejércitos persas en las guerras médicas. La calidad de lo nu-



meroso y denso es militarmente muy inferior a lo que alternativamente es ralo y extenso y después focalmente denso.

En las Termópilas lo focalmente denso fue perdiendo su densidad, y por tanto perdió su cualidad respecto al ámbito fijo que marcaba la topografía del paso que defendían. Podía haber sido otra la solución si se hubiera mantenido el nexo que alimentaba la permanencia de los trescientos y, en cambio, se hubiera

desvanecido o roto el nexo de la muchedumbre persa con la metrópoli que, en sentido estricto, la alimentaba.

Vemos pues que, al menos en las operaciones militares, la cualidad del número no sólo se refiere al ámbito espacial de aplicación de ese número, sino en relación a otros ámbitos y cantidades del entorno que permitan el mantenimiento de tal número. En la historia militar los grandes contingentes, tipo ejército de Darío, han fracasado sistemáticamente en cuanto han intentado actuar muy lejos de sus bases. La expedición de Aníbal, aparte de la causa adversa de no producirse totalmente la esperada unión bajo sus banderas de todos los pueblos de Italia contra Roma, empezó a fracasar en cuanto Escipión atacó y cortó el nexo con sus bases, que no era Cartago, sino el Levante español.

En cambio, su dominio es absoluto al aplicarse sobre los vecinos, pues sus grandes ejércitos pueden fácilmente renovar y mantener al día toda su capacidad de aplastamiento. Por supuesto, al decir grandes contingentes expresamos un concepto relativo, pues lo anterior es aplicable también de una manera uniforme a las conquistas de Roma, tanto en sus primeras luchas con los sabinos o volscos como al final del imperio contra dálmatas o germanos.

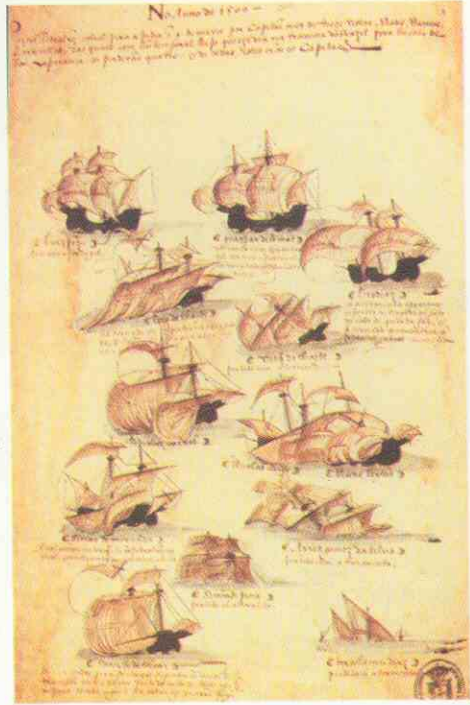
En la historia de las conquistas tenemos numerosos ejemplos de grandes contingentes en territorios enormemente alejados de sus bases. Sucede cuando no es un ejército sino el pueblo entero el que se mueve, así que no necesita ningún nexo de alimentación. Su patria es el último territorio conquistado, de tal forma que hoy no sabemos muy bien cuál era, por ejemplo, el territorio original de los godos o vándalos, aunque en España tengamos varias tierras de godos y una Vandalusia. Estas conquistas (y las de Gengis Kan son un ejemplo notable), suelen quedar convertidas en meros trasplantes de pueblos y mezclas de razas, no pueden ser contempladas como guerras de sometimiento, tal como lo fueron las provincias romanas.

Sin embargo, con contingentes menores, estrictamente militares y en campañas meteóricas, se hicieron con éxito guerras de sometimiento. No nos

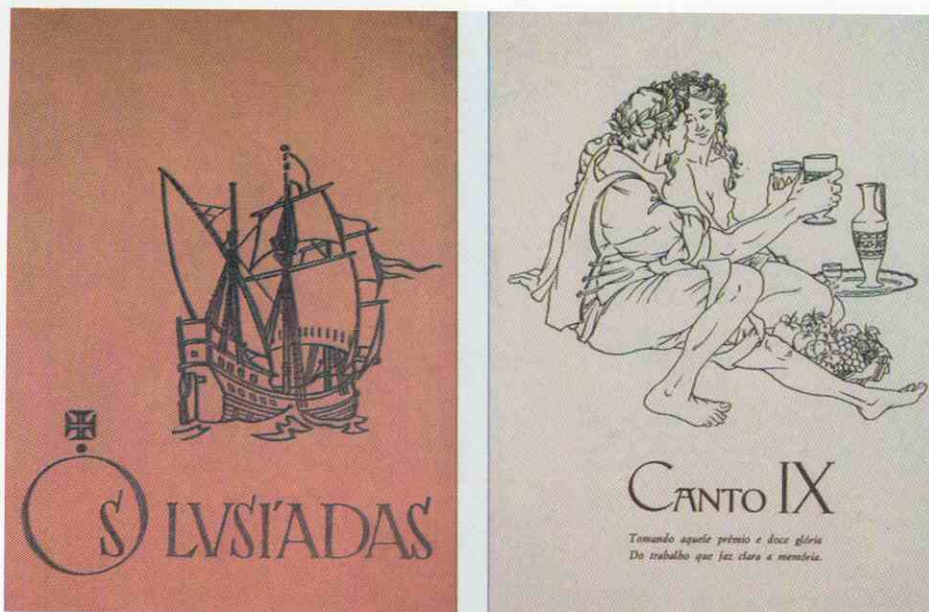
referimos a la expansión árabe de los siglos VIII y IX, pues aunque conservó un nexo ideológico de tipo religioso con el lugar de origen, Arabia, éste no tenía sustrato demográfico para someter políticamente el ingente territorio conquistado. Nos referimos particularmente a la conquista de América y el total sometimiento durante más de tres siglos de sus territorios y población a la Corona de España.

El estrato demográfico español, no muy amplio, fue no obstante suficiente para sostener, reforzar o prolongar las primeras expediciones de conquista; el nexa de unión, el océano, dificultoso por lo desconocido pero, al menos en un principio, sin posibilidad de ser cortado por otras fuerzas que las propias de esa enorme masa marina para unas técnicas rudimentarias de navegación.

Para naciones de muy escaso sustrato demográfico, tal es el caso de Fenicia, y posteriormente Cartago y las ciudades griegas, el expansionismo conquistador les está prohibido. Por determinadas circunstancias, pericia náutica, dominio de las rutas y las caravanas, pueden controlar el nexa, pero no tienen la población suficiente para la conquista y posterior consolidación del dominio sobre un territorio. Ése parecía que iba a ser el caso de España respecto a las tierras y poblaciones recién descubiertas de Centroamérica, hasta que Hernán Cortés, en contra de la política de comerciar con los habitantes de las costas del continente, se lanzó a la conquista de un estado organizado y, hasta cierto punto poderoso, para anexionarlo a la Corona de su rey. Tras este éxito, la política cambió, y todo fueron conquistas. La base demográfica española que por entonces tenía que alimentar varias guerras en Europa (aunque todas ellas con finalidad política y no de conquista, y por tanto con menor, y a veces ninguna, necesidad de apoyo demográfico), era muy justa para conquistar todo lo que se descubrió. Los grandes territorios al norte de México y California quedaron fuera de nuestras posibilidades, y las numerosas islas y archipiélagos de Oceanía a las que sus descubridores dieron nombres españoles no tuvieron apenas otras cosa que eso para ser consideradas como de nuestro imperio.



Armada de Cabral.



Editado por el Ministerio de Marina portugués en 1972.

De todas formas si España fue conquistadora, Portugal no tuvo la menor oportunidad. Como Fenicia, Cartago o las ciudades griegas, le faltó absolutamente contingente humano, porque bien es verdad que no le faltaron ni vocación ni aptitud. Desde su independencia como estado, y sin dejar de resistir a León o Castilla que la querían mantener como feudatario, no cesa de avanzar hacia el sur, extendiendo su reino a costa del Islam con una agresividad mayor que la de sus vecinos castellanos. En cuanto llega al mar, terminada su «franja» de reconquista, se lanza al continente africano, toma Ceuta, llave del Estrecho, y otras plazas, como si su deseo fuera conquistar hacia el sur todo el continente.

La aventura romántica de don Sebastián, o el infante don Fernando, rehén en Ceuta, dramatizada por Calderón en *El príncipe constante*, nos hacen sospecharlo. Pero el continente presenta al norte su parte más dura, las impenetrables tierras del Rif; así que los portugueses, más que por instinto por condicionamiento de *trial and error*, van pinchando por toda la costa atlántica, casi siempre en falso: sobre el más seco de los desiertos, el Sáhara; la más tupida de las selvas, Guinea; otro desierto en el hemisferio sur, Namibia, y por fin, Bartolomé Díaz y las desolaciones del Cabo que, por dejarle libre (al fin) el camino al este, le marca la ruta de lo único que puede saciar tan ardiente fantasía expansiva: la India.

Todo esto nos narra Camoens en los nobles endecasílabos (a los que el portugués tan bien se acomoda como para ser, más que la italiana, la lengua del soneto) de su gran poema *Os Lusíadas*. Son los antecedentes obligados, la justificación de cierta mala conciencia por haber renunciado a la conquista y haberse conformado con establecer enclaves comerciales. Obra escrita ya mediado el siglo XVI, cuando los españoles ya habían recorrido, y más o menos sometido, las enormes extensiones de América, mientras que los portugueses, con mayor diligencia y más mérito que éstos, sólo habían dominado el mar y lo que baña el mar. Su poema épico, de haber sido español, hubiera sido una *Iliada*; portugués, tuvo que contentarse muy a su pesar en cantar una *Odisea*. Porque, igual que en los demás reinos de España, la inercia guerrera de la larga reconquista había dejado una especie de manía conquistadora y evangelizadora que no es mera retórica histórica. Al menos el anhelo de Camoens está muy claro en el *Canto III*, así como está claro su desencanto porque la nación portuguesa no dé el mínimo para llevar a cabo lo que por capacidad y vocación estaban llamados a realizar mucho mejor que sus vecinos españoles:

«A vós, ó geração de luso, dijo
que taõ pequena parte sois no mundo
vos, a quem não somente algum perigo
estorva conquistar o povo inundo

Vos, Portugueses, poucos quanto fortes
que o fraco poder vosso não pesais;
vos, que à consta de vossas várias mortes,
a lei da vida Eterna dilatais:
Asim do Céu deitadas são as sortes
que vos, por muito poucos que sejais,
muito façais na santa Cristiandade.
Que tanto, ó Cristo, exaltas a humildade!»

No es extraño, por tanto, que al menos la cuarta parte del poema está iliadizada con el relato de las guerras mantenidas contra aquéllos cuya contigüidad a la zona metropolitana permitía presentar batalla con cierta oportunidad de victoria, es decir, contra Castilla y contra *O povo inundo*, el Islam. El relato de la historia de Portugal, desde sus orígenes a la batalla de Aljubarrota, que hace Vasco de Gama al rey de Melinda en los *Cantos III y IV*, y la repetición por Pablo de Gama al señor de Calicut de los mismos hechos en el *Canto VIII* hacen a *Os Lusíadas* un himno a la independencia de Portugal más que un himno a su expansión ultramarina.

Quitad la mitología, las imprecaciones, las profecías y toda la retórica del género épico, y queda muy poco de las expediciones portuguesas por los



Luis de Camoens.

océanos australes. La expedición misma de Vasco de Gama, de unos ciento sesenta hombres, no tenía más entidad que la de Colón en su primer viaje. Y, como ésta, no podía llevar a cabo otra cosa que descubrir nuevas tierras. Pero la India verdadera tenía que descubrirse, las aguas del Índico estaban incluidas en el imperio cultural árabe, y el colosal continente africano sólo era para Portugal un enorme obstáculo puesto a la ruta del Oriente, sin que los desiertos, tupidas selvas y costas inaccesibles tuvieran por el momento el menor interés para ellos.

Portugal tuvo que actuar al fin como Cartago en la antigüedad o como la pequeña Holanda en el

siglo XVIII, limitándose a establecer enclaves y rutas comerciales. Pero lo hizo *malgre lui*, a contrapelo y con unos esfuerzos tan enormes y unos resultados tan exigüos que hacen más meritorio aquéllos y dejan en la historia un ejemplo irrepetido de entusiasmo colectivo, de amor a la aventura por la aventura misma, osadía, arrojo y valentía hasta límites increíbles.

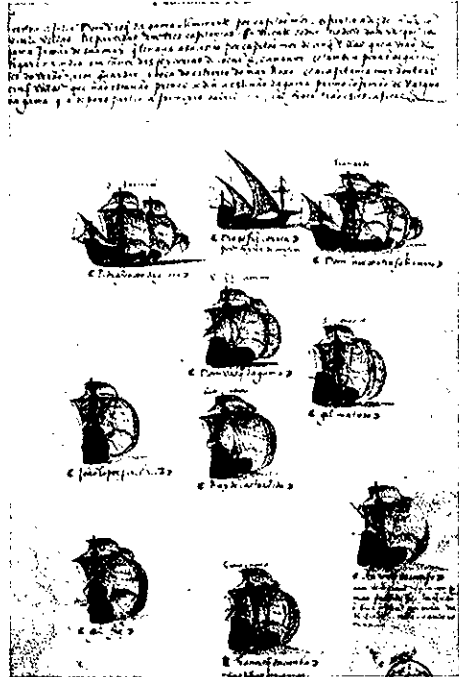
En tiempo de Camoens aún no estaba muy claro que la empresa descubridora portuguesa acabaría en empresa comercial y no en empresa conquistadora. Pero ya se barruntaba que las rutas portuguesas tan sólo se ponían en contacto con pueblos tan atrasados cuyo sometimiento no tenía el menor interés o con pueblos tan adelantados cuyo sometimiento era, a esas enormes distancias, una empresa imposible. No tuvieron la oportunidad de habérselas con un imperio como el de Moctezuma, cuyos tesoros arrebatar de un sólo golpe y cuyo organizado ejército vencer por el superior conocimiento del arte de la guerra europeo. Camoens no acaba de ver claro el objetivo de la empresa ni del viaje de Vasco de Gama:

«A quantos novos desastres determinas
de levar estos Reinos e esta gente?
Que perigos, que mortes lhe destinas,
debaixo dalgum nom preminente?
Que promesas de reinos e de minas
de ouro, que lhe farás tão facilmente?
Que fama lhe prometerás? Que histórias?
Que triunfos? Que palmas? Que vitórias?»

Porque la poesía del comercio ha tardado en conocerse. Y la tiene. El encanto de las *Mil y una noches* participa de esa cualidad. Poesía de las rutas caravaneras, de los oasis, de la búsqueda de productos abundantes en ciertos lugares y ausentes en otros, lo que significa riqueza para el transportador, prosperidad y hasta lujo en las ciudades situadas ventajosamente para controlar las rutas; y cosmopolitismo, contacto de culturas y posibilidades de adquirir nuevos conocimientos para todos.

Incluso la epopeya, la poesía de lo guerrero, no es totalmente ajena a este tema. No sólo porque las rutas, los enclaves y las riquezas han de ser defendidas, sino porque la empresa militar se llevará a cabo seriamente en tanto sea la avanzada de lo comercial. Lo que decía Max Weber del capitalismo: no que el beneficio sea el objeto de toda empresa económica, sino que toda empresa económica que no dé beneficios está condenada al fracaso y, por tanto, lleva a la inutilidad de todos los esfuerzos gastados en ella; se puede aplicar también en las empresas conquistadoras: siempre ha de cubrir una empresa económica subyacente totalmente rentable. No es verdad que la conquista de América la hicieran los españoles por el oro y la plata. Basta con leer cualquier libro de historia sobre aquellos hechos y se comprenderá que no fue así: que se conquistó donde había oro y donde no lo había (y se sabía que no había); se sometió a pueblos ricos y a otros tan pobres cuya única riqueza era su belicosidad y deseos de independenciamiento, los araucanos por ejemplo. Pero sin el oro mexicano y la plata peruana, la conquista no se hubiera hecho, o no se hubiera hecho así, o el resultado hubiera sido otro.

¿Y no fue allí la poesía de esta empresa más comercial que militar? ¿No está todo el romanticismo de la empresa en la tenaz búsqueda de «Eldorado» por Orellana? ¿Y esa magnífica empresa comercial, hoy día tan explotada por las clínicas de la tercera edad, de Cabeza de Vaca buscando la fuente de la «Eterna Juventud», que de haber existido hubiera sido llevada en barricas a la Península y exportada en frasquitos por toda Europa? ¿Qué más poesía que el hallazgo de los productos aptos sólo para alimentar el espíritu, como el tabaco y otros estimulantes?



La armada de Vasco de Gama (1502). *Livro das Armadas*.

Los literatos ingleses no tuvieron ningún escrúpulo en mostrarnos la poesía propiamente comercial que hubo en la formación de su gran imperio. Incluso dejan bien claro que la poesía guerrera de las conquistas se apoya en un sustrato comercial que puede aún ser más poético. Los capitanes Blight o Cook, el teniente Cristiand y el botánico de la Royal Society, Sir Joseph Banks, protagonistas de expediciones comerciales, son más popularmente poéticos dentro del tema naval que el mismo Nelson. La historia de la constitución de las grandes navieras del siglo XIX, las de las compañías de seguros, como la Lloyd, las de las carreras del té y de las especias son dignas continuadoras del encanto de las *Mil y una noches* y participan de su poesía.

Pero Camoens, como nadie en su tiempo, no pudo ver tal aspecto, que, dentro de una formación caballeresca, no podía representar otra cosa que codicia, chata ambición y ningún escrúpulo (con su secuela de crueldad, deslealtad y continuas discordias entre compatriotas). El esfuerzo surgido de un noble corazón, la victoria ganada contra un contrincante honorable y la gloria de llevar a cabo hazañas nunca logradas es lo único que está dispuesto a cantar.

«Destarte o peito um calo honroso cría,
desprezador das honras e dinheiro,
das honras e dinheiro que a ventura
forjóu, e não virtude justa e dura.»

Portugal, pueblo merecedor de mejor suerte. De haber tenido más cantidad con la misma calidad, qué empresas no hubieras llevado a cabo; y qué conforme se hubiese sentido el noble, el honrado Luis de Camoens al cantar no sólo al alma portuguesa, sino al colosal imperio que hubieran conquistado en buena lid.

